

“Como la experiencia me ha mostrado”: el pensamiento político de Diego de Silva y Mendoza, conde de Salinas

Trevor J. Dadson
(Queen Mary University of London)

Diego de Silva y Mendoza, segundogénito de Ruy Gómez de Silva y Ana de Mendoza y de la Cerda, príncipes de Éboli, nacido en Madrid en diciembre de 1564, no empezó su carrera política hasta la edad bastante avanzada de los cuarenta años, en agosto de 1605, cuando fue nombrado presidente del Consejo de Portugal, en sustitución de Juan de Borja (tío del duque de Lerma), que llevaba tiempo pidiendo su retiro debido a problemas de salud. A pesar de que Salinas no ocupara su primer puesto político hasta ese verano, el primer memorial suyo de claro contenido político data, en efecto, de un año antes, de junio de 1604, cuando envió a Felipe III su parecer sobre el placarte o decreto de los treinta por ciento, también conocido como el Decreto Gauna. Su opinión era que se revoque el placarte “en todo y por todo”, por el gran daño que estaba causando al comercio internacional. Sus argumentos se basaban sobre todo en el pragmatismo. Salinas no era un fanático ni un ideólogo. No se dejaba convencer por argumentos emocionales o religiosos o sentimentales. Buscaba siempre lo que iba a funcionar, lo que iba a tener los efectos deseados. Determinaba primero el fin que se buscaba y luego analizaba los posibles medios para llegar allí; ahora bien, esto no quiere decir que pertenecía a los que creían que el fin justificaba los medios. Simplemente, que lo más importante es saber adónde se dirige si uno quiere encontrar el camino adecuado y más a propósito, fórmula expresada a la perfección en un memorial de 1623: “Ver los fines que han de tener las cosas desde los principios es empezar por el acierto de ellas”.

A partir de 1604 y su memorial sobre los nefastos efectos del Decreto Gauna, Salinas nos ha dejado una serie de memoriales políticos sobre una variedad de temas, aunque la mayor parte, naturalmente, tratan de la situación de Portugal y sus conquistas en Oriente, África y Brasil, principal preocupación del Consejo de Portugal, que él presidía, y luego de su virreinato en Lisboa entre 1617 y 1622. Cuando fue relevado de este último cargo por Olivares en julio de 1621 y volvió a Madrid (en el verano de 1622), su atención se dirigía a otros asuntos de la política nacional. El primero, la boda propuesta entre la Infanta María, hermana de Felipe IV, con el príncipe de Gales, Carlos Estuardo. Este memorial de 1623, desconocido hasta ahora y de una importancia primordial para entender (y apreciar) el pensamiento político de Salinas, parece que fue escrito respondiendo a una llamada por parte del rey y/o Olivares a que los políticos españoles más expertos en materia de política internacional emitieran sus opiniones sobre un asunto de tanta importancia. El año siguiente de 1624 otro acontecimiento atrajo su atención, la captura por los holandeses de Bahía de Todos los Santos en el Brasil. No está nada claro si esta vez la opinión de Salinas fue solicitada (falta la última hoja del documento que tal vez lo hubiera aclarado) o si él decidió, a base de su experiencia como virrey en Lisboa, ofrecerla sin más. Lo que revela el memorial que envió a Felipe IV, documento también desconocido hasta ahora, es que seguía disfrutando de excelente información y de buenos informantes, ya que sus conocimientos

sobre la captura misma y la situación posterior en Bahía no pueden ser mejores o más actuales. Lo mismo se puede decir del largo documento que preparó en 1625 para su hijo Rodrigo, duque de Híjar, sobre la defensa de Aragón. A pesar de estar apartado, oficialmente, de la política, Salinas seguía teniendo acceso a muy buenas fuentes, que sabía utilizar en su beneficio. El último memorial de tipo político de que tenemos noticia, también ignorado hasta ahora, es un tratado muy interesante que escribió sobre el descubrimiento de un metal nuevo en España que tal vez pudiera sustituir al tan odiado vellón.

Lo que todos estos documentos y memoriales nos revelan es que Salinas era uno de los mejores y más capacitados pensadores políticos de la España del primer tercio del siglo XVII. Por ejemplo, el trato casi diario con holandeses e ingleses en Lisboa le hizo ver que la verdadera riqueza de una nación consiste en el comercio y el trabajo y no en las minas de oro y plata. En su largo memorial escrito al rey Felipe IV en mayo de 1623 sobre la propuesta de matrimonio entre el príncipe de Gales y la infanta María, decía tajantemente: “Esta nación está hecha al trato mercantil”; desde el rey abajo todos eran comerciantes: “como el trato mercantil en aquellos reinos alcanza desde el rey hasta todo lo género de súbditos directa e indirectamente, venían a estar todos obligados a la seguridad de lo capitulado”.

Pero donde más podemos apreciar la filosofía política de Salinas es en su análisis de las relaciones hispano-portuguesas, tema que le preocupó durante más de veinte años. La transcripción y edición de las numerosas cartas que Salinas escribió desde Lisboa entre 1617 y 1622, que estoy llevando a cabo y que me parece que muy pocos han leído o estudiado, van a obligarnos a cambiar de opinión sobre sus relaciones con los portugueses y reconocer que el conde de Salinas fue el mayor defensor de los intereses lusos que jamás tuvieron los portugueses en esos años. Lejos de ser un títere de Lerma puesto en Lisboa para cumplir sin más las órdenes recibidas de Madrid, que es lo que siempre se ha pensado de su virreinato, Salinas se revela como un virrey muy independiente que cuestionaba con frecuencia las órdenes recibidas, que defendía el punto de vista portugués y era siempre consciente de sus recelos y temores ante los castellanos.

Cuando volvió a Madrid fue cuidadosamente apartado de todo cargo político por Olivares, consciente seguramente de que en Diego de Silva y Mendoza tenía un rival político de primer orden. Esta envidia, porque otra cosa no era, significó para España la pérdida y desperdicio de una de las mentes más privilegiadas de la época, un pensador pragmático como pocos, y un hombre al que le gustaba, como él decía, trabajar “con las manos en la masa, y proponiendo cosas de que no saco interés sino trabajo”.